

CAPÍTULO X

EN EL MAR

Indudablemente aquella noche cada uno de los cuatro personajes que tenemos en escena se dormiría pensando en la idea que más vivamente excitara su imaginación, y teniendo á la vista los datos que llevamos reunidos en el curso de nuestra historia, no nos sería difícil penetrar en el secreto pensamiento en que á cada uno de ellos le sorprenderían las misteriosas sombras con que el sueño obscurece nuestros ojos, sumergiendo nuestro entendimiento en profundidades desconocidas.

De seguro los cuatro, cada cual á su modo, pensarían en una misma cosa. Si los cuatro á la vez se hubieran comunicado sus respectivos pensamientos, es probable que hubiera salido de las cuatro bocas un mismo nombre. Mas dejando estas suposiciones, que el lector puede hacer ampliamente, si lo cree necesario, es lo cierto que el músico abrió los ojos á la luz del siguiente día, y sentándose en la cama, dilató lentamente la boca en los tres tiempos en que se desenvuelven los grandes bostezos.

¡Ah!., ¡ah!., ¡ah!.. Triple admiración en que prorrumpimos al vernos despiertos, ni más ni menos que si nos causara verdadero asombro encontrarnos con nosotros mismos después de una larga ausencia.

Bostezó, pues, y reanudando sus reflexiones interrumpidas por el sueño, se dijo en voz baja:

— Sí, señor; es una artista de *primitivo cartello*, consumada artista... Por supuesto, debe ser joven; la viveza con que liga las frases respira juventud. Positivamente es rubia..., porque hay en su modo de *frasear* mucha dulzura. Podrá ser más ó menos alta, porque al fin el genio no se mide á palmos; pero de seguro es delgada, espiritual; no se ejecuta con tan delicada destreza teniendo los dedos llenos de carne. Por lo demás, es claro, frente pensativa, ojos penetrantes, nariz inteligente, boca expresiva, una arruga precoz, casi imperceptible entre ceja y ceja. Así debe ser; así es sin duda; artista desde los pies hasta la cabeza.

En esto reparó que la luz de la mañana entraba suavemente en su cuarto, y saltando de la cama comenzó á vestirse apresuradamente, diciendo:

— Esta es la hora de sorprenderla; la vamos á encontrar absorta, contemplando el efecto de los primeros rayos del sol sereno sobre las olas agitadas. Luis es muy capaz de estar durmiendo todavía á pierna suelta, sin acordarse de nuestro complot.

Acabó de vestirse, tomó su sombrero y se dirigió al cuarto de Luis, contiguo al suyo; mas la cama vacía le indicó que Luis no dormía á pierna suelta.

— ¡Hola! — exclamó. — Mi cómplice no ha querido que se le haga tarde.

Sin más averiguaciones, salió de la casa y se dirigió al quiosco; algo tarde, porque cuando él iba Luis volvía.

— La he visto — dijo éste al encontrarse con el maestro.

— ¿Cómo? — preguntó el músico.

— Estaba apoyada en el alféizar de la ventana, y miraba atentamente hacia el mar, contemplando, sin duda, las velas de aquella fragata que navega hacia Levante.

— ¡Magnífica posición para el retrato! ¿Le habrá usted cogido todos los detalles?

— Todos.

— ¿Es joven?

— Sí.

— Rubia, por supuesto.

— No, morena.

— Morena..., morena — repitió el maestro rascándose la frente. — Bien, paso por ello; sí, el genio es modesto, y suele ocultarse en la sombra; pero será una figura fina, correcta, toda espíritu.

— Al contrario, maestro; es robusta y mofletuda.

— ¡Qué extravagancia! — exclamó el músico. — Es una verdadera desafinación, pero habrá inteligencia en su mirada y cierta tristeza en su sonrisa.

— Mira — contestó Luis — como todas las mujeres que desean saber si agradan; su sonrisa me ha parecido alegre y maliciosa.

— Algo habrá, algo habrá en ella que revele su genio. Suspendo mi juicio hasta que vea el retrato.

— Se me olvidaba una circunstancia — añadió Luis. — El pelo, que es negro y brillante, lo lleva cortado y caído hacia atrás con cierta audacia.

— ¡Bravo! — exclamó el músico. — Eso es original.

— Además posee dos hermosas cejas, dos cejas intencionadas.

— ¡Artista!.. ¡Artista!.. — Volvió á exclamar el músico. Ese rasgo es inequívoco... Ea, manos á la obra; comencemos el retrato.

La voz de Montero, que los llamaba, llegó á sus oídos, y lo vieron venir hacia ellos.

Cuando se encontraron, el coronel fijó su mirada inquieta y recelosa, primero en Luis y luego en el maestro; mas el aspecto indiferente y risueño de uno y otro debió disipar sus dudas; así es que sacudiendo la cabeza como quien queda plenamente convencido, los saludó, diciendo:

— Ilustres caballeros, me parece que se aburren ustedes soberanamente, y eso no debo yo tolerarlo. La mañana está deliciosa, y mientras nos preparan el almuerzo, podemos hacer apé-
tito dando un paseo por el mar. He allí el bote que nos espera — añadió señalando á la playa. — Es la ocasión y el lugar que he elegido para descubrir al mundo la portentosa hazaña de mi fuga.

Luis y el maestro se miraron para decirse, sin duda, que era preciso embarcarse; pues á la vez exclamaron ambos:

— ¡Excelente idea!

Luis llegó el primero al sitio en que el bote estaba atracado, y de un salto entró en él; el músico lo siguió, y Montero se embarcó el último.

El marinero, que quedaba en tierra, empujó vigorosamente la embarcación, saltando al mismo tiempo á bordo; el bote comenzó á describir un semicírculo, presentando la proa á las olas, cabeceando lentamente, como quien saluda. En honor de la verdad, las olas no eran menos cor-



Estaba apoyada en el alféizar de la ventana

teses, pues se inclinaban á su vez, deslizándose por debajo de la quilla.

Luis y el maestro ocupaban la popa, y Montero, sentado delante de ellos, daba la espalda á la proa; de manera que tenía delante la tierra de que se alejaban. Oprimía con la mano derecha un pequeño anteojito, que dirigió hacia la playa, preguntando:

— ¿Te acuerdas, Luis, del famoso baile de la embajada inglesa?

— Me acuerdo perfectamente..., y no adivino qué singular circunstancia te lo trae á la memoria en este momento.

— Te diré: tenía yo entonces un asistente sumamente bruto, y ya sabes que desde la embajada me llevaron á la capitanía general y desde allí á las prisiones de San Francisco. Pues bien; mi señor asistente, al saber mi arresto, me contó sin duda con los difuntos, y se las dió por concedidas; en todo el día pude echarle la vista encima. A la noche, en el momento en que el tren iba á partir, se me presentó en la estación del camino de hierro. «¡Ah, bribón!, le dije. Llegas cuando no tengo tiempo para nada; pero volveré pronto, muy pronto, y te traeré de Canarias la paliza del siglo. — Señor, me contestó, es que estoy arrestado, y he tenido que escaparme para venir á ver á V. S. — Entonces, añadí yo alzando la voz, porque el tren se había puesto en movimiento, cuenta con dos palizas, por haberte dejado arrestar cuando yo te necesitaba.»

— ¡Qué atrocidad! — exclamó el músico.

Montero guardó silencio, distraído en ver, al través de las lunas de su anteojito, cómo la madre de Luis, saliendo de su casa, se dirigía hacia el quiosco.

— Tampoco veo la causa que te haga recordar ahora á tu asistente — dijo Luis encogiéndose de hombros.

— Ya lo verás — replicó Montero, deteniéndose para

fijar toda su atención en lo que estaba viendo. — Ya verás — continuó — cómo las cosas se enlazan.

Aquí se detuvo de nuevo, viendo entrar á su cómplice en la casa de la misteriosa vecina.

— Muy bien — dijo bajando el anteojito. — Ya estamos de lleno en el asunto.

— ¿En qué asunto? — preguntó el maestro.

— Claro está — contestó. — En el asunto de mi escapatoria. En cuanto supe por tu madre que era el comisario de policía el que se nos había metido en la casa, me escurrí muy suavemente hacia la alcoba, no sin echar antes una ojeada por las junturas de la puerta del gabinete, lo cual me bastó para reconocer al Sr. Moncada, insigne personaje con quien tengo yo varias cuentas pendientes. Entré, pues, en la alcoba, seguro de que era á mí á quien buscaba y que iba á tiro hecho. Maquinalmente me dirigí al balcón, y dije: «Por aquí me tiro»

— Eso mismo pensamos nosotros — advirtió el maestro.

— No había otra salida.

Pues pensaron ustedes mal, porque no me tiré. ¡Demonio!. Hubiera sido un salto mortal; estaba seguro de romperme una pierna, y cuando se huye, las piernas son absolutamente indispensables.

— ¿Qué hiciste entonces? — preguntó Luis.

— Entonces me despojé de la bata, le arranqué el cordón de seda con que la sujetaba á la cintura, lo até por un extremo al pie del balcón, y me deslicé muy suavemente hasta tocar con las puntas de los pies en el piso del jardín. Mas el cordón pendiente iba á denunciarme, y claro está que yo no podía desatarlo sin encaramarme de nuevo en el balcón. Sentí tal enojo, que lo sacudí con todas mis fuerzas. Idea felicísima, pues la borla, en que el nudo se apoyaba saltó bruscamente, el nudo se deshizo y el cordón cayó á mis pies; no quedaba rastro de mi fuga. Vuelvo la

cabeza buscando un rincón oculto donde esconderme, y ¡oh desdicha! ó, mejor dicho, ¡oh fortuna!, me encuentro con un hombre que á tres pasos de mí miraba con curiosidad y con asombro. Había visto mi descendimiento desde la caballeriza, y poco á poco se me fué acercando hasta colocarse á mi espalda. Los dos nos quedamos un instante mirándonos frente á frente. «¡Ah tunante!, le dije por lo bajo. ¿Cómo te atreves á ponerte en mi presencia? Señor..., balbuceó sin saber qué excusa darme. — Silencio, me apresuré á decirle; ¿no adviertes que no quiero ser descubierto?.. Ocúltame en este instante donde ni yo mismo me vea. — Venga V. S. por aquí,» me dijo, quitándose la gorra. Yo lo seguí, y sin ser vistos de nadie entramos en la caballeriza. Había allí una carretela y un landó, y abrió la portezuela de este último coche, diciéndome. «Entre V. S. — Oye, bribón, le dije; me buscan, y si me encuentran me fusilan, y si me fusilan te arranco las orejas. — Aquí no hay cuidado, me contestó. — Espera, añadí yo deteniéndole; tengo hambre.» Se fué, y al poco rato volvió trayéndome un panecillo, un pedazo de queso y un vaso de vino.

— ¿Quién era ese hombre? — preguntó el músico admirado.

— ¡Diablo! — exclamó el coronel. — Mi asistente, que había tomado la licencia hacía un año y servía de cochero en aquella casa.

— Sigue, sigue — dijo Luis.

— Verás: mientras yo devoraba el pan y el queso, me contó que todas las casas de la manzana estaban vigiladas, y que el comisario de policía en persona se paseaba por la portería, sin perder de vista los balcones que dan al jardín, y añadió: «Á V. S. es á quien buscan, pero... quia. — Oye, bribón, le pregunté, ¿puedes tú sacarme de aquí? — Ya lo creo, me contestó; ¿dónde quiere V. S. que lo lleve? — Á la estación del Norte, le dije; porque esta noche quiero salir

para Francia. — Pues irá V. S. — Es que no he de viajar en mangas de camisa, y además no tengo una peseta. — Dios proveerá,» fué su respuesta, y volvió á dejarme solo. Á los cinco minutos ya estaba allí otra vez; me traía una blusa, la gorra que él llevaba y diez duros. «Ahora es preciso, me



— ¡Ya lo creo!, exclamó Montero, volviendo á dirigir el anteojo hacia la playa

dijo, que se acurruque V. S. debajo de los asientos, porque hay que bajarle la capota al landó. Voy á buscar á la señora marquesa, que es dama de la Reina, y hoy está de servicio en palacio, y de camino llevaré á V. S. donde quiera. — Bien, bribón, le contesté; pero date prisa, porque esto de acurrucarse debajo de los asientos, no debe ser cómodo.» Con mil trabajos logré colocarme. En un abrir y cerrar de ojos enganchó los caballos, evitó que el lacayo se acercara demasiado á la caja del coche, subió al pescante, y con lentitud majestuosa atravesamos la portería, pasan-

do por delante del Sr. Moncada. Llegamos á la estación, y allí fué el lacayo á preguntar á qué hora llegaba el tren, y entonces salí rápidamente de mi escondite, y tendiendo la mano al cochero, le dije: «Tunante, me las pagarás,» y le volví la espalda. En el café de la estación escribí mi primera carta. Esta es toda la historia.

— Curiosa en extremo — dijo el músico. — Difícilmente se volverá á reunir un conjunto tan feliz de circunstancias. Bien podíamos nosotros rompernos la cabeza... Jamás lo hubiéramos imaginado; y sin embargo, todo ello es bien sencillo.

— Está visto — añadió Luis — que la Providencia sabe hacer las cosas admirablemente.

— ¡Ya lo creo! — exclamó Montero, volviendo á dirigir el antejo hacia la playa. — Pero dime: ¿para qué crees tú que la Providencia se ha tomado el trabajo de sacarme de Madrid sano y salvo? Porque... vamos á cuentas; yo debí morir al pie de la barricada, ó caer en manos del gobierno, que era lo mismo que caer en la sepultura; pero tú me ves, acudes en mi socorro, me recoges, me ocultas y me salvas. Descubren que es tu casa donde me oculto, y me cercan de modo que no me dejan ni un resquicio por donde pueda escaparme. No obstante, mi bata tiene un cordón de seda, y hay un balcón en mi alcoba que da á un jardín solitario; me descuelgo, y el cordón se desata para no descubrirme; no encuentro dónde ocultarme, pero aquí está el bribón de mi asistente, que ha tenido la oportunidad de hacerse cochero y servir en aquella casa; me esconde, me alimenta, me viste, me da dinero y me saca en coche por en medio de mis perseguidores, ocupados en impedir mi fuga... Llego á *Hendaye* con una idea fija en la cabeza, resuelto á realizarla en París; mas me encuentro sin dinero para seguir el camino. Sé allí que en San Juan de Luz está un hombre, acudo á él, y me abre su bolsillo. ¿Les parece

á ustedes poco todo eso?.. Pues he aquí lo más raro: entro en la iglesia..., y... la veo..., la veo delante de mí, como caída del cielo. Vamos, me parece un sueño. Todo esto ha sucedido para que yo la encuentre.

— ¡Magnífico! — exclamó el músico. — Todo eso ha sido necesario para que el terrible coronel caiga en el garlito. Pero bien; ¿quién es ella?

Apartó Montero el antejo, miró un instante al maestro, y le contestó sencillamente:

— Ella.

— Respetemos su secreto — dijo Luis.

Montero volvió á dirigir el antejo á la playa, y el músico añadió:

— ¿Quién duda que será usted correspondido?

— Por supuesto: ella desea lo mismo que yo deseo...

Y... ¡bah! — añadió sin dejar de mirar al través del antejo

— En este instante.., sí..., sí..., en este instante puedo asegurar que es nuestra.

— ¡Diablo!.. — exclamó el músico. — Ya comprendo: este paseo por el mar es una especie de cita. La cosa es clara. Desde aquí, mecido por las olas, la atisba usted con las lunas de ese antejo de que se ha venido usted provisto, y ella, que está en el secreto, se deja ver haciendo todas las deliciosas monerías que hacen las mujeres cuando saben que las miran. Lo cual — añadió guiñándole el ojo á Luis — me induce á sospechar que la hermosa *Dulcinea* debe ser vecina nuestra.

— Eso es evidente — añadió Luis.

Montero continuaba mirando al través de su antejo con más atención que nunca. Después de un momento lo apartó de sus ojos, lo cerró de un golpe, y metiéndolo en el bolsillo de su elegante americana, dijo:

— Asunto concluído.

— ¿Estás satisfecho? — le preguntó Luis.

— Completamente satisfecho — le contestó.

— En ese caso — advirtió el músico, — debemos virar en redondo y dar la vuelta á casa; porque el sol pica, la mar se enoja y el estómago desfallece.

— ¡Á tierra! — gritó Montero.

Giró el bote suavemente, volviendo la proa hacia la costa, y comenzó á navegar *derivando en popa*.

CAPITULO XI

TABLEAU

Entraron en el comedor Luis, Montero y el músico, dispuestos á hacerle los honores al desayuno con toda la efusión del más sincero apetito. Las ostras entreabiertas, como las puertas de las casas en día de motín, acababan de tomar posesión de la mesa, cubriendo el espacioso fondo de una bandeja, cuyos dibujos se escondían bajo las dobles conchas de los mariscos; sobre el aparador empinaban sus largos cuellos las botellas de vidrio obscuro y empolvado, dejando adivinar al olfato el suave perfume de los vinos exquisitos, mientras las copas de cristal reluciente, con las bocas de par en par, esperaban firmes en su puesto.

Semejante aspecto era el anuncio de un almuerzo óptimo, y los tres amigos saludaron respetuosamente, inclinándose con agasajadora cortesía delante de la mesa.

— ¡Calle! — exclamó el músico dando vueltas alrededor de las ostras. — Somos cuatro y hay cinco cubiertos.

Luis miró á Montero; pero éste se encogió de hombros, y el músico, dejándose llevar por las insinuaciones de su apetito, siguió diciendo:

— Señores, son las doce..., la señora tiene la buena costumbre de almorzar más temprano, y hemos sido muy descorteses haciéndole esperar tanto tiempo. Corramos, pues, á saludarla, á excusarnos y á traerla á la mesa.

La advertencia era oportuna, y la proposición fué ad-